

La teoría literaria y el ensayo

Jackson, Gregory S.

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/411>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LÍNEAS IMAGINARIAS

LA TEORÍA LITERARIA Y EL ENSAYO*

Gregory S. Jackson

Resulta sorprendente que la crítica literaria omita señalar, y mucho menos explicar, el virtual mimetismo, e inclusive extraño o misterioso parecido que existe entre muchos preceptos de la teoría literaria contemporánea y ciertas convenciones retóricas y discursivas del género ensayo. Después de todo, en nuestros días la teoría literaria y el ensayo desmantelan, ambos, el orden lógico, temporal y causal; rechazan el cierre de la narrativa y postulan la mediación de la subjetividad como elemento constituyente de la búsqueda intelectual. No sólo porque parecen alinearse de manera muy paralela en lo relativo a sus estructuras discursivas y teóricas, sino también porque ambos surgen en el mismo período. El ensayo y la teoría literaria moderna muestran señales de una mutua influencia. Sin embargo, tratar de determinar si la teoría literaria ha influido más al ensayo, o el ensayo a la teoría literaria, sólo suprimiría las intrincadas y complejas relaciones que hay entre ellos, de carácter estético, social, y económico. Pero si en lugar de esto intentamos analizar ese desarrollo mutuo desde fines del siglo XVI a nuestros días, comprendiéndolo como la marcha de una serie de reacciones frente a la transformación de una sociedad aristocrática hacia una cultura burguesa, el ascenso del capital de la imprenta, el subsecuente crecimiento del saber cultural y del público lector, el nacimiento de grupos literarios (y después tam-

* Tomado de *Encyclopedia of the Essay*, ed. Tracy Chevalier (London and Chicago; Fitzroy Dearborn Publishers, 1997). Traducción de Blanca M. García Monsivais. Los títulos se dejan en su original inglés, con excepción de algunas obras muy conocidas. (N. del T.).

bién teóricos) y, finalmente, la profesionalización de la teoría literaria en las universidades, descubrimos que la teoría literaria y el ensayo están tan relacionados una con el otro, como lo están individualmente con respecto a la producción académica e intelectual.

Debido al vigor interdisciplinario de la teoría literaria postmoderna de estos días, y debido a que mucho de lo que consideramos teoría literaria actualmente se desarrolla directamente de debates que han tenido lugar en los ámbitos teológicos, filosóficos y de las ciencias naturales, que además con mayor frecuencia se han visto expuestos y desarrollados en el ensayo, se vuelve necesario definir la teoría literaria como parte de los propósitos de este estudio en los términos más amplios posibles. Por supuesto que teóricos literarios e investigadores del ensayo han indagado bastante en el pasado en sus estudios para reconocer de dónde proviene la herencia que reciben los escritores, así como los géneros que constituyen el antecedente de estos dos que, así nombrados, están relativamente recién llegados al mercado literario.

El traslape genérico más obvio entre el ensayo y la teoría literaria está en la representación del ser individual en la escritura. Aunque tal representación discursiva tiene su realización más amplia en la autobiografía, ha sido también desde hace mucho expresado en la filosofía occidental por medio de metáforas en la elaboración del discurso escrito. Si para Montaigne el ensayo fue un intento de capturar el pensamiento en el mismo proceso de su formación, debemos entonces ver sus *Ensayos* (1580, 1588) como una temprana forma de cognición y subjetividad conmensurable con el empirismo escéptico de la modernidad temprana. Esos modelos discursivos cognocitivos anteceden a Montaigne: Aristóteles por ejemplo, concibió la mente como una tablilla de cera sobre la cual se imprime la experiencia empírica. Pero el modelo de subjetividad de Montaigne, como de aquellos que le siguieron, se convirtió en un intento que desde la escritura busca contrarrestar la amenaza que el racionalismo había colocado a la experiencia vital y al reino emocional de la identidad. Locke y Hume representaron el acto cognocitivo como una *tabula rasa*, una hoja blanca que guarda un número infinito de impresiones sensoriales, mientras que para Noam Chomsky la mente es como un bloque de mármol vetado capaz de preservar sólo un número finito de formas. Con su analogía del “block de notas místico”, o palimp-

sesto, Freud introdujo el doble nivel de la conciencia, de manera que el block de notas exterior registra un número infinito de impresiones, que cuando los pierde la superficie (la conciencia), continúan sin embargo retenidos a manera de huellas de impresiones en el opaco nivel inferior (el inconsciente).

El hecho de que el ensayo no sólo ha sido el vehículo de publicación de estas formas cognitivas, sino que también ha imitado sus hechuras, sugiere la versatilidad del género: maleable como la cera. El ensayo expande sus límites discursivos para abarcar nuevas formas de conocimiento: como *tabula rasa* puede tanto empezar de nuevo, como, paradójicamente, (para usar la vívida metáfora de Theodor W. Adorno) “reflejar una libertad que, al igual que un niño, es capaz de encenderse y dispararse, sin escrúpulos, sobre lo que han hecho otros antes” (“El ensayo como forma”, 1958). En el caso del mármol de Chomsky, debido a la manera cambiante de su forma, el ensayo puede tomar el aspecto isomórfico de aquello que representa. Por último, al igual que el místico block de notas, puede registrar significados en más de un nivel, presentándose como un complejo modelo de subjetividad humana. Como estas mismas representaciones de la mente sugieren al presentarse en forma de metáforas en la escritura, es claro que cualquier intento de formular la subjetividad moderna en — o como — un acto de escritura lleva a empujar las fronteras genéricas de la escritura misma hacia otros nuevos límites.

Si el ensayo pone de manifiesto el perfil del escritor en el proceso del pensamiento, según expone Adorno en su “El ensayo como forma”, entonces la libre y asociativa naturaleza de su forma ha enseñado a las siguientes generaciones el libre pensamiento, liberando a cada generación de la sabiduría heredada de sus antecesores. Es difícil entonces que el ensayo surja por azar o accidente durante el Renacimiento, en que el término mismo anuncia el renacimiento del saber clásico en teoría, pero demostrando su defunción en la práctica. El método de las ciencias de Bacon, basado en la experiencia más que en la argumentación, debilitó el tautológico sistema de Aristóteles y escolásticos, afectando irreparablemente la lógica del silogismo. La nueva cosmología de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton, que al negar la autoridad de Aristóteles y al renunciar a la visión cósmica geocéntrica de Ptolomeo, hizo posible una ruptura decisiva frente al

predominio de las autoridades clásicas. El avance newtoniano y cartesiano en la física rebasó las matemáticas pitagóricas. Finalmente, la revolución en la prosa inaugurada por Erasmo y Rabelais, fructificada por Montaigne, Bacon, Hobbes y las siguientes generaciones de filósofos ensayistas, erradicaron la artificial simetría del lenguaje ciceroniano, subvirtiendo efectivamente toda la intrincada estructura correspondiente a su visión del universo.

En suma, las ciencias empíricas se confabularon con el ensayo para subvertir la representación del mundo del Renacimiento, presentando en su lugar una visión del mundo materialista y secular. Podemos rastrear en el empirismo escéptico de esta nueva filosofía los antecedentes del ensayo teórico postmoderno, cuya tendencia hacia la auto-revelación autorial, su pensamiento antisistemático y su insurgencia contra la tradición heredada, sugiere que la crítica moderna, aunque sostiene que se reinventa a sí misma con cada nueva generación, es sólo una nueva variación de alguna vieja forma. El poema de John Donne, "Anatomy of the World" (1611) — donde dibuja la ansiedad renacentista de que esa época de nueva filosofía y exploración equivalía a una disección *post mortem* del mundo— es con frecuencia citado como el epigrafe de la modernidad:

"Y la nueva filosofía sostiene todo en duda... / Y los hombres confiesan libremente que las cosas de este mundo... / están todas hechas pedazos, evaporada toda coherencia".

El lamento de Donne por el orden perdido es eco de un refrán del período avanzado de la modernidad que es central para la indagación postmoderna. En ese contexto aparecen ciertos fragmentos de *Tierra baldía* (1922) de T.S. Eliot, como alegoría de los peligros del escepticismo irrestringido. La libre naturaleza del mundo de Donne, momentáneamente deslizándose entre dos cosmologías filosóficas, re emerge en la desolada síntesis que hace Mathew Arnold de la modernidad victoriana: "un mundo muerto/ El otro imposibilitado de nacer". La observación de Roland Barthes acerca de la autoconciencia del ensayo en tanto texto y discurso "escrito", refleja un mundo preplaneado (pre-racional), que conlleva un sorprendente y casi misterioso parecido con la conciencia que tenía Donne del vaticinio de que es capaz un escritor en la percepción de los cambios que prefiguran

un nuevo mundo. Dice: “Somos *nosotros escribiendo*, antes de que el infinito juego del mundo... se vea atravesado, cortado, detenido, plastificado por algún particular sistema (ideología, clasificaciones, teoría)”. En parte, Barthes alude al simultáneo nacimiento de una nueva clase de subjetividad y también del ensayo en el primer período de la modernidad —ambos fundados en la autoconciencia moderna y la ansiedad cultural que produce una época de desacuerdo y desorden cultural. Tal argumento se ve apoyado por la afirmación de Adorno de que el ensayo produce el vislumbre del potencial de la libertad cognoscitiva antes de caer el lenguaje en la reificación gramatical de la razón instrumental. Donne, Arnold, uno de los primeros modernos, y el más tardío, Eliot, lamentarían lo mismo que encomian los críticos postmodernos siguiendo a Barthes y Adorno. En pocas palabras, lo que Barthes celebra como el placer de la textualidad abierta es, precisamente, la forma y substancia del ensayo.

La expansión de la esfera pública burguesa en el siglo XVIII, posibilitada por la afluencia imperial, se vio acompañada por un incremento de los tiempos de ocio, el auge de una cultura de la imprenta, el nacimiento de las sociedades literarias y filosóficas, y el establecimiento de instituciones públicas, como las librerías y los museos. Fue también central la aparición en Europa de los cafés, que como centros de reunión contribuyeron al desarrollo de una cultura intelectual y al advenimiento de una crítica de arte profesional. Entre los literatos de Londres, por ejemplo el círculo de Dryden, se reunían en el Wits' Coffee House, asentando Richard Steele tal lugar en sus artículos literarios para el *Tatler*. Joseph Addison ambientaba su “Pequeño senado” en los círculos de Button, Marvell y Pepy frecuentaban el café Rota. Estos círculos literarios urbanos moldearon el ensayo crítico en su forma moderna: de la cultura de los cafés, el ensayo asimiló el caprichoso ritmo de un divagar libre del pensamiento, las amplias y asociativas cualidades de la conversación, la intriga del escuchar secretamente, la intimidad y escándalo del chisme, el deleite del encuentro casual y, con frecuencia, el abrupto de una reunión pospuesta. En el centro de una de las tertulias más influyentes en el siglo XIX, el Club Trascendentalista, Ralph Waldo Emerson escribe en “Ecstasy and Eloquence”, que el ensayo es la forma en la que “todo es admisible, filosofía, ética, religión, crítica, poesía, humor, diversión, imi-

tación, anécdotas, chanzas, ventriloquía”, todas las prácticas discursivas de la “más liberal de las conversaciones”.

Durante el siglo XIX, la confabulación de dos fuerzas, la competitividad de diversas ideologías culturales y los desarrollos tecnológicos, vienen a dar nacimiento al ensayo crítico moderno, como prominente foro para la indagación teórica más importante de los últimos dos siglos. La prensa de platino Adams de 1830 y la de cilindro Wharfedale de 1860 revolucionaron la cultura de la imprenta. Si Edward Cave podía alardear en 1741 que su *Gentleman's Magazine*, cuyos suscriptores Samuel Johnson contó hasta en 10,000, “se leía tanto como se hablaba el idioma inglés ...y era reimpresso en varias otras imprentas de la Gran Bretaña, Irlanda y las Plantaciones”, entonces la nueva portabilidad de la prensa privada contribuiría un siglo después a extender con mucho — esta vez por el imperialismo discursivo más que el político — las anteriores fronteras geográficas de la lengua inglesa. Además, al permitir a los escritores mayor control artístico sobre su trabajo, la prensa privada creó un mercado que demandaba formas cada vez más innovadoras y especializadas del discurso escrito, especialmente en el género del ensayo, como lo compendian los escritos experimentales de Emerson y su círculo.

Si la productividad en masa creó un público lector más ampliamente informado, y si a mediados de siglo las instituciones académicas —junto con un gusto por las bibliotecas metropolitanas— se convirtieron en depositarias de la literatura en regiones de acceso limitado a los mercados del libro, constituyeron cambios en querrela con el crecimiento del saber especializado y con la creciente privatización de la sociedad después de las mayores revoluciones de fines del siglo XVIII. Mientras que un auge en la cultura de la prensa estaba estableciendo grandes mercados internacionales, la prensa privada, aliada con un incremento de las sociedades filantrópicas y filosóficas, estaba también ocupada en crear pequeños y discretos mercados, con frecuencia regionales, que dividirían el conocimiento en todavía mayores compartimientos, alentando la heterogeneidad cultural. En términos de los mercados especializados, la prensa privada de Frederick Douglass y su periódico antiesclavista, *North Star*, ejemplifica el espíritu empresarial y agitador de una nueva era de las “bellas letras” en los Estados Unidos. Douglass, quien primero fue

esclavista y luego incansable defensor antiesclavista, se convirtió en uno de los ensayistas americanos más prolíficos del siglo XIX. Más significativo para el desarrollo del lenguaje crítico y la recurrencia a patrones retóricos en las tertulias fue, sin embargo, la manera en que diversas campañas abolicionistas, como la del círculo de Douglass, colaboraron con otros círculos, como el emergente movimiento trasatlántico de las mujeres. Estas tertulias políticas unieron sus fuerzas por medio de prensas privadas con organizaciones recíprocas — muchas veces trasatlánticas— que empezaron a desplegar estructuras retóricas y tropos endémicos en su propia literatura partidaria, en cierto modo al igual que las tertulias filosóficas y literarias articularon e intercambiaron cada vez más insulares líneas del pensamiento crítico y del discurso privado. Tal discurso culminaría en el ensayo teórico moderno, un subgénero originado en el colapso del consenso democrático, y que anunció la posterior mayor departamentalización mayor del conocimiento.

El surgimiento del trascendentalismo en 1836 estuvo integrado a este proceso e incluyó a muchos de los más distinguidos ensayistas críticos del siglo XIX: Amos Bronson Alcott, Cyrus Bartol, Ralph Waldo Emerson, Margaret Fuller, Theodore Parker y Henry David Thoreau. Dificilmente se debe al azar que los trascendentalistas, como los miembros de varias tertulias de reforma social, influyeran y fueran a su vez influenciados por los intelectuales británicos como Matthew Arnold, Charles Darwin, George Eliot, Francis Jeffrey y Thomas De Quincey. Aunque apoyado por la filosofía europea, el trascendentalismo fue el primer movimiento intelectual que surge en Norteamérica y, a la vez, inicia formas seminales de crítica social, religiosa, política y literaria. Mucha de la indagación trascendentalista, especialmente filosófica, se desarrolló vía correspondencia privada, en periódicos personales y en lo que Emerson llamó “conversaciones liberales”. Como empresa teórica que se actualizó en los ensayos críticos del Club Trascendentalista, anticipó la “generación perdida” de las tertulias académicas y artísticas de Norteamérica, incluyendo a T.S. Eliot, Ezra Pound y Gertrude Stein, sus contemporáneos mayores del grupo Bloomsbury, y los movimientos modernistas, en cuyos círculos se movieron estos artistas y críticos. En el ensayo crítico, la indagación buscó formas conmensurables con sus intereses filosófi-

cos y teóricos. Los ensayistas críticos del siglo XIX se preocuparon por la religión en una sociedad secular utilitaria, hicieron a un lado la obsesión hegeliana sobre la condición del alma natural y teorizaron sobre la crisis del yo —o la “prisión de vidrio” humana, como Emerson lo llamó— en la modernidad industrial.

A través de *Dial* (1840-44), la revista trascendentalista emprendida por Emerson y Margaret Fuller, y a través de una multitud de otras publicaciones, los trascendentalistas ayudaron en la introducción del idealismo alemán de Goethe, Kant y Schiller en la vida intelectual norteamericana y británica, preparando el terreno para una audaz transformación filosófica de la universidad americana que daría forma a la pedagogía en ambos lados del Atlántico hasta bien entrado el siglo XX. Pero estas publicaciones no eran como los periódicos populares del siglo XVIII: su especialización y cada vez mayor retórica filosófica las distinguió de una comparativamente más apacible moralización y accesibilidad general de revistas como la de Daniel Defoe, *A Review of the Affairs of France* (1704-13), el *Tatler* de Steele (1709-11), el *Spectator* de Addison y Steele (1711-12), o también las de Johnson, *Rambler* (1750-52) e *Idler* (1758-60). Mientras que la crítica literaria de Samuel Taylor Coleridge y William Hazlitt, en alianza con los nuevos museos y galerías de arte de la época, quisieron hacer de cada principiante un crítico a través de la institucionalización del gusto. Pero la crítica de la generación siguiente se volvería menos accesible por su complicado giro hacia las ironías de la autoexpansión romántica, como el “flujo de los ánimos”, como Emerson escribió en “Experience” (844), que hace imposible la misma noción de “identidad” personal. Fuera de la crítica literaria, el ensayo crítico, en una sola generación, se estableció con una más estrecha audiencia.

Por lo menos un influyente ensayista ofreció una ligeramente velada justificación de la necesaria complejidad de la crítica literaria con un argumento en que alababa y defendía la complicada prosa del genio escritor. William Ellery Channing publicó en 1826 su influyente ensayo sobre la prosa de Milton, ampliamente aclamado entre los literatos de Londres. Ahí argumenta que “lo universalmente inteligible no es lo de mayor mérito. Una gran mente no puede, sin injuriosamente restringirse, encoger su genio para el entendimiento del pasi-

vo lector común”, sino que al contrario, debe escribir para el “lector agraciado”. De todos modos, se habían arrojado los dados: el siglo XIX profesionalizaría e institucionalizaría tanto la crítica como al crítico. Para el primer cuarto del siguiente siglo, la crítica de arte fue relegada a las universidades, haciendo del ensayo crítico la moneda corriente, como el de Van Wyck Brooks, T.S. Eliot, Lewis Mumford, Ezra Pound y Gertrude Stein, la penúltima generación reciente de grandes investigadores independientes. Difícilmente representantes de una generación, renombrados ensayistas como Irving Howe, Edmund Wilson y Alfred Kazin, concluyeron con esta tradición.

Podemos seguir la continua proliferación del ensayo y su dispersión en subgéneros académicos muy especializados, la departamentalización hacia fines del siglo XIX de la universidad —y el desplazamiento de la educación clásica— debido a las nacientes disciplinas de las ciencias humanas y las humanidades modernas, como la antropología, sociología, psicología, letras inglesas y la historia. Los pioneros de estas nuevas disciplinas académicas sabían que la autoridad institucional y la autonomía a que aspiraban estaban fundamentadas en su parecido con la precisión científica. En ningún otro lugar la necesidad de legitimación era más profundamente sentida que en las humanidades, por tanto tiempo estigmatizadas por los benthamitas debido a las reformas educativas de principios de siglo, que demandaban mayor alianza práctica entre la industria y la educación superior. La universidad corría ahora con poco tiempo. En respuesta a la presión legislativa para la reforma utilitaria de la academia, la facultad de la Universidad de Yale, había lanzado en 1828 una memorable defensa de la educación superior, que reimpressa en el *American Journal of Science* de Silliman, circuló ampliamente por Estados Unidos y en el extranjero, y se las arregló para demorar la reforma curricular y administrativa hasta después de la guerra civil. Aun tan tardíamente como en 1874, Charles Eliot Norton, uno de los pocos académicos sobrevivientes de los llamados brahminicos, que habían vivido para ver el utilitarismo y la moralidad ser otra vez el foco de la reforma de educación popular dos generaciones más tarde, escribió a Thomas Carlyle que las “Bellas Artes” podían

mostrar las condiciones políticas, morales y sociales que han determina-

do las formas de las artes, y... apresurar... en la juventud de una tierra árida de memorias visibles de tiempos anteriores, el sentido de conexión con el pasado y la gratitud por el esfuerzo y trabajos de otras naciones y anteriores generaciones.

Sin embargo, en lugar de justificar la utilidad de la literatura, los nuevos departamentos de letras inglesas, siguiendo la dirección de las universidades como un todo, tomaron el modelo alemán de educación superior. En lo que fue casi un acto de abierto desafío contra el utilitarismo, los departamentos de letras inglesas se refugiaron en el idealismo alemán, especialmente el idealismo de Kant, tal como se abrió paso a través de Coleridge, Carlyle y los trascendentalistas. Conformada por el trabajo de Arnold, *Culture and Anarchy* (1869) y emblemizada en el título de su primer capítulo, "Sweetness and Light", esta nueva filosofía estética se las arregló para mantener a raya el modelo vocacional de la educación por casi medio siglo, hasta el crecimiento de la industria y la consecuente taylorización de las instituciones sociales. Como consecuencia de la primera Guerra Mundial, se obligó a la reforma pragmática de las universidades. (La obra de Frederick Taylor, *The Principles of Scientific Management*, 1911, promovió un sistema para el incremento de la producción industrial por medio de la racionalización del proceso de producción).

Y si sin embargo, los departamentos de letras inglesas, que habían justificado su trabajo frente a toda la sociedad, tenían todavía que establecer credibilidad o el nicho que podrían ocupar dentro de la universidad. En un intento por competir con las ciencias, los programas de letras inglesas desarrollaron cada vez más métodos formalistas de análisis, basándose en el trabajo pionero de los antropólogos estructuralistas, lingüistas y psicólogos, como Freud, Saussure, Jakobson, Lévi-Strauss y Peirce. Armados de la amplitud interdisciplinaria del formalismo, los departamentos de inglés reforzaron su posición en la nueva universidad al colonizar disciplinas adyacentes, incorporando los embrionarios programas de lingüística, literatura comparada, periodismo, lengua, teatro y redacción técnica y empresarial. Estas disciplinas dejarían su marca en la teoría literaria y en el ensayo, ya que fue transformado y desplegado como la señal material de autoridad dentro de la academia. Su naturaleza sintética, mutabilidad y ausencia de fundamentos filosóficos sugieren la influencia

mutua de la teoría literaria y el ensayo en la conformación de la moderna investigación crítica. Además, desde esta perspectiva, la caracterización de Adorno del ensayo crítico como un género que “engulle todas las teorías que se le acercan” no sólo se convierte en un eficaz comentario sobre el insaciable apetito de la teoría literaria y las imperiales tendencias de los modernos estudios literarios, sino que también explica la amarga acusación de George Ripley a la universidad del siglo XIX por haber privado a la “mente común” de todas las avenidas del discurso crítico. A principios de este siglo, un grupo conocido como Young Americans, dirigido por Lewis Mumford, todavía luchaba en una tendencia académica que distanciaba más al ensayo crítico de sus bases democráticas.

En la medida que las incipientes disciplinas, asimiladas por grandes departamentos, empezaron su lucha por la autonomía individual, su autoridad se centró en publicaciones periódicas más rigurosamente académicas. Así la lucha por la legitimación académica y las escaramuzas interdepartamentales sobre las fronteras disciplinarias, trajeron consigo un incremento en las publicaciones académicas profesionales y especializadas. La profesionalización creó comunidades de lectores especializados, alentó a los críticos a producir lenguajes abstractos conceptuales que culminarían en teorías literarias contemporáneas. En términos amplios, volvemos a la observación de T.S. Eliot acerca del desarrollo paralelo entre las comunidades artísticas fuera o dentro de la academia, lamentando que el colapso de la cultura aristocrática resultara en que el crítico o el artista tuvieran que “hablar en una tertulia o hablar solo”. En tanto el discurso académico y crítico se especializan, la elasticidad de la forma del ensayo permitió el surgimiento subsecuente de una teoría arcana e ideosincrática. Fuera de los ámbitos universitarios surgieron publicaciones seminales como *English Literary History*, *Philological Quarterly*, *PMLA* y *Modern Language Review*, y de las colonias de artistas aparecieron publicaciones periódicas independientes y de vanguardia, como *Blas* de Wyndham Lewis (Londres), *Dial* (Nueva York), *Der Sturm* de Herwarth Walden (Berlín), *Egoist* de Pound (Londres), de Maiakovski la futurista *LEF* (Rusia), *Nouvelle Revue Française* (Paris), *Poetry* (Chicago), *Ma* (hoy Budapest), *Vorticist e Imagist* (Londres). Si la nueva estética proclamada en estas publicaciones

chazaban la vieja tradición por su agotamiento e inadecuación a las nuevas condiciones de la vida urbana moderna, también impusieron en los críticos la necesidad de explorar las propiedades formales de los discursos artísticos y literarios y de los medios de comunicación con que los artistas trabajaban. Un extenso autoescrutinio se puso rápidamente a la orden del día. Los modernos experimentos teóricos presionaban los límites del lenguaje y la representación, obligando al ensayo crítico postmoderno a disolver el “yo” en un juego de significaciones.

Si un conjunto de factores habían dado origen al ensayo en el siglo XVI, como el nuevo sentido de crisis crónica, los desafíos fenomenológicos a las creencias fundamentales, y su corolario, la amenaza a la regulación del ser y su destino evolucionario; y si las nuevas ideologías científicas minaban la vida espiritual o alimentaban su antítesis en olas sin precedentes de ansiedad milenaria, entonces también la intensificada repetición de estos penetrantes temas desde los inicios del siglo XX traerían consigo finalmente la madurez del ensayo crítico como el motor de la indagación teórica políticamente comprometida. La queja de Eliot sobre las tertulias registra un aceleramiento en la competencia y superposición de discursos dirigidos al servicio de diferentes propósitos sociopolíticos. Aun cuando los fines fueran los mismos, los medios fueron vigorosamente competidos. Tomando préstamos desiguales de sus predecesores filosóficos y uno de otro, estos grupos conformaron sus nuevas manifestaciones en el ensayo crítico, estableciéndolo como el foro por excelencia para las expresiones teórico políticas de este siglo. En la medida en que la educación superior en Inglaterra y Estados Unidos avanzó de los estudios medios a los universitarios manteniendo el modelo germánico de educación, fue acometida no sólo por las reformas políticas y educativas del momento, sino también por disidentes intelectuales dentro y fuera. En actitud crítica contra los “déspotas” de la torre de marfil y los “juramentos de lealtad” que generaban elitismos en la academia, la controversia de la época entre los intelectuales alimentaba la esperanza de una alianza entre la educación universitaria y la insurgencia popular en la política nacional.

El problema pasó a tratar de encontrarse el término medio. Los Young Americans, voz de la joven generación como electorado libe-

ral, encontraron, por un lado repulsiva la horrible forma del idealismo arnoldiano que promovía la indiferencia política de la academia, y, por otro, les parecía igualmente repugnante el materialismo industrial de la taylorización. John Dewey fue el filósofo americano más influyente de esta generación, quien primero concibió una unión entre la estética arnoldiana y el utilitarismo industrial frente al “pragmatismo”. Fue ésta la actitud del nuevo intelectual y humanista que conformó la filosofía educativa y la educación nacional durante la primera mitad del siglo. Dewey y William James transformaron el pragmatismo de su mentor en Harvard, C.S. Pierce, extendiéndose de una gramática de la lógica a una visión intelectual optimista y progresiva que tenía su inspiración directa en la fuente emersoniana. Entre los intelectuales, el hecho de que el pragmatismo había sido producido por académicos hacía pensar en una fácil alianza con los intereses universitarios. Su atractivo nacional, sin embargo, recaía en su habilidad para unir las divididas actitudes sociales que habían puesto el progreso industrial en conflicto con los intereses humanistas (en ocasiones por un sentido de *noblesse oblige* o humanismo obligado). No sólo el pragmatismo de Dewey rindió homenaje al *laissez-faire* del capitalismo por el sentido de la necesidad cotidiana que el mundo mismo transmitía, pero igualmente importante, combinó un sentido de progreso para los jóvenes reformadores liberales de Nueva Inglaterra, cimentado en un sentimiento protestante de *felix culpa*.

Debido a que el programa de los Young Americans compartía la visión de Dewey de una sociedad unificada, no era sorprendente que Emerson abarcara ambos. Alentados por la fe de Arnold en la naturaleza redentora del arte, los Young Americans, incluidos Van Wyck Brooks, Randolph Bourne y Waldo Frank, buscaron en el trascendentalismo respuestas a la crisis cultural y espiritual de la modernidad. Comprendían que la tendencia a departamentalizar las disciplinas académicas e institucionalizar la crítica estética también incrementaba, con mucho, la estratificación de la democracia de la cultura, especialmente en los grandes centros urbanos. Su crítica fue implacable asumiendo el espíritu trascendentalista y el celo misionario de George Ripley, quien, 75 años antes, había advertido al teólogo de Harvard, Andrews Norton, que “la Espada del Espíritu no se esgrime después de las tácticas de la universidad”. Tomando prestada una re-

tórica de lamentación de sus mentores intelectuales —Ripley acusaba a la universidad de negar el conocimiento espiritual a la “mente común”— también acusaron implacablemente a la academia con el cargo de haber erigido una aristocracia intelectual para controlar la producción, acumulación y distribución del conocimiento, violando flagrantemente el espíritu de la educación popular.

Por extraño que parezca, el círculo de Mumford permanecía insensible frente a la ironía de que el trascendentalismo era él mismo cómplice haciendo posible el monacato filosófico de la universidad. Ahora el idealismo romántico desplegado por el círculo de Ripley para contrarrestar las fuerzas institucionales de la burocracia capitalista y de la tecnología estaban al servicio de la misma institución contra la que Ripley había denostado. Se nos recuerda otra vez las consumadas estrategias de sobrevivencia de la academia: lo que hace es incorporar las estrategias de sus rivales. Como observó Lionel Trilling, la enseñanza quintaescencial del siglo XX de estas batallas está en la absorción de las energías críticas de la modernidad vanguardista. Después de todo, si lo que estaba en el programa de estos movimientos estéticos era llevar a la intelectualidad o academia al borde de lo que Trilling en su *Sincerity and Authenticity* (1972), describió como el “abismo” de la civilización occidental, esto se convirtió, en cambio, en puente por encima del abismo de su hipocresía y relativismo cultural. Era un nuevo irónico giro que nos devolvería muy atrás, hasta la ruptura cósmica de Donne. Este mismo abismo se convertiría en el *mise en abîme* de la desconstrucción derrideana, y en una gran ruptura concurrida y celebrada por el turismo postmoderno.

Ese discurso tan altamente especializado continuó poniendo cuñas entre los teóricos académicos y el público general; estos teóricos eran los consumidores originales del ensayo. Esta tendencia sólo se ha intensificado en la era postmoderna. Las publicaciones de la postguerra europea y de Norteamérica, como *Tel Quel* (Tal Cual), *Les Temps Modernes* (Tiempos Modernos) y *Critique*, se convirtieron en el foro del pensamiento crítico y generaron lenguajes que por su naturaleza esotérica frecuentemente reducían cada vez más su audiencia. El rápido consumo de esto por la academia y la producción de estos lenguajes, especialmente desde 1960, tuvieron por costo un mayor aislamiento, incluso del público educado; al igual que el ensayo teó-

rico se distanció más y más de sus raíces burguesas en la esfera del público del siglo XVIII, y también de sus contrapartes contemporáneas, como el ensayo de opinión de la cultura popular y de los medios masivos de comunicación. Esta tendencia ha marcado a los humanistas académicos tradicionales, como Williams J. Bennett, Allan Bloom, Harold Bloom, Roger Kimball, Camille Piaglia, Page Smith y D'nesh D'Souza, contra la vanguardia de la teoría cultural, una coalición compuesta principalmente, entre otros, por postestructuralistas, feministas y marxistas. Así, la última generación continúa el feudo de sus predecesores, un feudo basado en el pesimismo cultural de Arnold y Eliot, y que repite en cada generación la crisis de la cultura en la sociedad democrática.

Mientras el ensayo es fundamental en tanto forma y foro para tales debates, también se ve más intrincada y profundamente imbricado en las fundamentaciones materiales de la universidad. Las publicaciones que surgen de este feudo, aunque registran gran profundidad en los temas filosóficos, éticos y morales, son los armazones reforzadores de la construcción económica de la academia. Además, pocos académicos y críticos negarían su reputación (basada en las publicaciones) como una mercancía del mercado académico o, en mayor escala, el valor de la reputación de una institución como la suma de todas las reputaciones combinadas de su profesorado. (Como sugiere la proclividad del teórico postmoderno Jacques Derrida por las metáforas económicas, la academia teórica simple ha sido cómplice del énfasis que pone la burguesía en la inversión y, en nuestro caso, en el positivo reconocimiento del nombre de una institución y su habilidad para generar académicos de renombre, cuyas publicaciones se conviertan en el capital del próximo ciclo económico). Y sin embargo, como su misma etimología implica, la crítica (y por lo tanto el ensayo) se genera en tiempos de crisis, entonces hay algo casi falso en estos debates generacionales. Porque a pesar de lo alto que puedan estar los intereses teóricos, no podemos olvidar que la crisis (la perenne "crisis de las humanidades" representada en parte en beneficio de un público incrédulo) también vuelve a representar la lucha de la disciplina literaria por la legitimación profesional. Tal vez no tan insincero como atrapado entre dos extremos, el académico literario debe reconciliar la presión social para cumplir con los propósitos utilitarios en

la tradición de Bentham, Taylor, y el mandato arnoldiano para poder permanecer apartado de todas las formas de las obligaciones comerciales o sectarias. Al no considerar el ensayo como componente material de la vida académica, los mismos académicos que emplean el ensayo no han podido tampoco tomar en cuenta el papel que ha tenido este género en la formación de las prioridades institucionales, por ejemplo en lo que muchos académicos de literatura inglesa consideran como un mayor énfasis en la teoría, a expensas de la literatura en los modelos críticos posteriores a la Nueva Crítica.

A los ojos de los intelectuales liberales de todas partes, la universidad se ha convertido en sólo otro ejemplo del conglomerado de empresas endémicas a fines del siglo XIX y principios del XX, monopolios que socavan los principios democráticos del intercambio intelectual y del juego limpio. Para el círculo de Mumford y otros liberales que piensan de manera similar, la universidad había usurpado el lugar de los grandes centros urbanos, cuyo terreno heterogéneo de riqueza y pobreza, de comunidades de clase media y los barrios bajos de la periferia, ofrecían una esperanza para la renovación del individuo. Esta vitalidad urbana era presentada en el ensayo en ambos niveles de forma y funcionamiento: mientras el ensayo servía como medio de distribución del plan social, la forma del ensayo llegó a ilustrar en su capacidad de mimetismo el diseño arquitectónico de la ciudad y de las nuevas formas de experiencia. Mumford, como John Henry Newman en su influyente ensayo "What Is a University?" (1873), vio el gran centro urbano como un enorme campus muy diverso social y culturalmente. Como expresó,

los periódicos, revistas, diarios ... la empresa editorial, las bibliotecas, museos y las academias, las sociedades culturales y científicas, todos necesariamente cumplen las funciones de una universidad.

A diferencia de Newman, la visión de Mumford se realizó en el detallado proyecto práctico y político de su vida. Si la atención de Mumford a la experiencia urbana y la contingencia del saber recuerdan al divagante escéptico del ensayo periódico del siglo XVIII, su resurgimiento en los ensayos del modernismo es un atavismo que se ve otra vez en el tono y tenor de la crítica postmoderna.

La transformación del ensayo crítico y de su eficacia como fuer-

za de intervención en el siglo XX nunca será suficientemente estimada, a pesar de saberse bien la posición del sujeto en relación con la mediación política que ha pertenecido al ensayo. La mayoría de los filósofos y artistas del modernismo escenificaron el fáustico paralelismo de las eras. El rápido avance de la industria y la tecnología, el cambio, a fines del siglo XIX, de los mercados agrarios a las economías urbanas, nutrieron todos la insidiosa sensación de que si la repetición mecanizada y la uniformidad de las líneas de montaje eran los frutos del nuevo conocimiento y del progreso, entonces el ser y la individualidad pagaban un precio mefistofélico arrancado por la fuerza en el pacto. La intelectualidad representaba la alienación moderna entre el sujeto y la sociedad con un creciente aunque alternante sentido de urgencia y pesimismo.

Como en todo momento de crisis y trastorno social desde los inicios de la modernidad, el propio sujeto se convierte en el lugar primario de ambivalencia y ansiedad para el crítico. No es sorprendente que la contraofensiva contra lo que se percibía como fuerzas deshumanizantes de la modernidad encontró su más efectiva plataforma en el ensayo crítico tan pronto empezó a explorar la constitución lingüística de la subjetividad. Ningún mejor ejemplo que los ensayos reformistas de Mumford, Brooks y Bourne. Los *Young Americans*, junto con otros intelectuales radicales de la época, esperaban reintegrar el ser creador irracional en la sociedad utilitaria.

La erudición interdisciplinaria de Mumford se convirtió en el primer plano de la subjetividad “insurgente” de la voz crítica como una estrategia para superar lo que Eliot llamó la “disociación de la sensibilidad”, la escisión entre el ser racional y emocional que es la esencia de la subjetividad moderna. Inspirados en la democracia poética del ser de Whitman, en la “sociología orgánica” de Patrick Geddes, en los movimientos antisistemáticos de las ciencias que agobiaron la crítica autobiográfica de Nietzsche con la intuición del romanticismo, los cáusticos ensayos de Mumford contra el prestigio arrogado y la incuestionada autoridad de la crítica institucional, eventual e irónicamente fomentarían la misma autoridad académico-teórica que tan patentemente criticó. Desde la intensa crítica literaria autobiográfica de Barthes a la retórica nietzscheana del postestructuralismo, estos proyectos postmodernos, y los aspectos que comparten con el trascenden-

talismo, pondrían en evidencia la atávica tendencia de la teoría a ocuparse recurrentemente de ciertos temas, especialmente el problema de encontrar la prosa apropiada para representar la experiencia subjetiva.

En el siglo XX, después del completo florecimiento de la ciencia y la tecnología, el hecho "periodístico" cobraría una nueva significancia. El ensayo crítico se vuelve ahora periódico en su forma de reproducción de la realidad como fragmento. Simultánea a la segregación del conocimiento en los departamentos universitarios, el ensayo igualmente compartimentaliza la experiencia social, rebanando la experiencia cotidiana en cuadros de tipo clínico. En parte, el programa del progreso urbano se informaba a través de la dinámica de las tendencias naturalistas y realistas del arte y la literatura a principios de siglo. Pronto, bajo la guiadora influencia de William Dean Howells, cuya autoridad emanaba de su influyente posición como editor del *Atlantic Monthly* (1871-8), y luego como crítico permanente en *Harper's* (1886-92), el realismo norteamericano empezó a confrontar lo que se percibía como las peligrosas tendencias de un cierto tipo de negación de la decadencia social, como ponía de relieve una audiencia remilgosa que clamaba idealismo o el popular clamor por lo romántico. El realismo en el ensayo asumió como su primera obligación la presentación de la pobreza moral y material de la sociedad. Si el realismo, al examinar detenidamente los diversos aspectos de la realidad, exponía las maniobras ocultas del poder para desmitificar las jerarquías sociales, entonces podría también reificar o "naturalizar" estos mismos obstáculos sociales (como los de raza, clase, género), imitando la legitimación científica.

Regulados en el trasfondo de los miedos sobre la pérdida del ser en un mundo mecanizado, posteriores ensayistas realistas como Upton Sinclair, Sinclair Lewis, Mark Twain y W.E.B., Du Bois, transformaron el realismo moral de Howells en una estética políticamente comprometida. Por ejemplo, Du Bois formuló y propagó una nueva ideología de asertividad racial cuyo tono contencioso recordaba los poderosos ensayos de Douglass, Martin Delaney y James Redpath del siglo anterior. Como empresa humanitaria, el primer realismo de Howell había jugueteado con un cierto pelagianismo popular del movimiento social evangelista de fines del siglo XIX, especialmente evidente en sus ensayos en los primeros años de 1890. Pero bajo su

tutela —y hasta el final de su carrera— el realismo había generalmente permanecido aparte del compromiso social directo. En cambio, se fundamentaba en una estética de la observación, evitando toda instancia emotiva o social que pudiera ser interpretada como participante de la tradición sentimental, justo entonces reemergiendo con una cepa de realismo en la forma de una temprana literatura que pone el acento en lo escandaloso.

Al final de siglo, el realismo de Howell expresa un sorprendente parecido con las objetivas y clínicas evaluaciones de Michel Foucault, cuya escrupulosa historiografía amoral en la segunda parte del presente siglo ha sido criticada por la esterilidad de la observación, al eliminar la mediación subjetiva. Si el realismo de Howell había transformado el ensayo en un momento en que prevalecía el “ensayo narrativo” —así denominado por George S. Hellman en su artículo “Later Essayists” (1933), definido de la siguiente manera: “el elemento narrativo desarrolla su tranquilo curso sobre una multitud de reflexiones personales y el comentario descriptivo de sabor muy personal”— en un estilo de prosa ausente de toda persona (una teoría de la observación desprendida), entonces la siguiente generación de ensayistas termina con la diferencia al practicar un realismo moldeando e insertando una persona-autor que ponía en primera plana lo que Mumford llamó “subjetividad insurgente”. Estos cambios llevan a una brillante apoteosis de los puntos de vista teóricos autobiográficos de los años setenta y del compromiso político del llamado Nuevo Historicismo de la academia norteamericana y del británico Materialismo Cultural y, finalmente, de la crítica ensayística confesional que surgió en ambos lugares de los dos continentes a partir de los años noventa.